

## EL SANTO VOTO DE PUERTOLLANO: HISTORIA Y LEYENDA

Miguel F. Gómez Vozmediano

El Santo Voto de Puertollano es tradición más arraigada en nuestra población. Hunde sus raíces en la Edad Media. Su origen es un voto o promesa religiosa solemne que hicieron nuestros antepasados para celebrar el fin de la pandemia de peste que asoló Asia, Europa y el Magreb entre 1347-1350.

Este primer contagio global fue un fenómeno de extraordinaria importancia histórica y dejó una impronta imborrable en todos los órdenes de la vida. Por desgracia, está de absoluta actualidad, pues nos evoca cambio climático, pandemias originarias de Asia, cuarentenas, religiosidad, cultura popular, desconfianza y miedo al futuro. Esta es su historia y así ha quedado fosilizada en nuestra memoria colectiva.

### LA PESTE NEGRA: CRÓNICA DE LA GRAN MORTANDAD.

El hambre, la guerra y la peste, antesalas de la tragedia y la muerte, han sido los tres Jinetes del Apocalipsis que han azotado la Historia de la Humanidad desde sus orígenes. En Bizancio fue tristemente famosa la peste bubónica que padeció Constantinopla en tiempos del emperador Justiniano (527-565). En los siglos VI y VIII se han descrito unas veinte epidemias de peste en Europa; en la Hispania visigoda fue tristemente famoso el contagio del año 542, que provocó calamidades y miseria. A continuación, se disfrutó de un clima cálido, que coincidió con el dominio islámico en Al Ándalus; la cultura islámica del agua y la higiene evitó en buena parte la expansión de tales plagas en nuestro entorno. Sin embargo, todo cambió en el siglo XIV.

Por entonces, comienza en el hemisferio norte de nuestro planeta la llamada *Pequeña Edad de Hielo*. Este brusco cambio climático abarcó desde inicios de esta centuria hasta mediado el siglo XIX. Los inviernos son más largos y lluviosos, pero se alternan con terribles sequías, es decir se crean las condiciones favorables para que rebrote la peste.

En octubre de 1347, una flotilla de barcos genoveses huye de una colonia comercial en el Mar Negro sitiada por los mongoles. Los tártaros, procedentes de Asia Central, habían recurrido a la guerra bacteriológica, arrojando con catapultas cadáveres de apestados por encima de los muros de la ciudad de Caffa (Crimea). Despavoridos, ponen rumbo a Mesina (Sicilia), pero cuando llegan a puerto, muchos marineros llegan muertos. Entre el cargamento iban unos siniestros polizones que viajaban entre los pasajeros y las ratas negras (*Mus rattus*): las pulgas transmisoras de la peste (*Xenopsylla cheopis*), distintas de la pulga común (*Pulex irritans*).

La picadura de este parásito transmite a los humanos, de cuya sangre se alimenta, un bacilo patógeno denominado *Yersinia pestis*. La enfermedad se manifiesta de manera diferente según la zona afectada. La peste bubónica era la más frecuente: provoca fatiga, dolores musculares y

fiebre; se inflaman los ganglios del cuello, ingles y axilas, que al tumorarse oscurecen la piel, formándose bultos o “bubones” que al supurar desprenden un olor fétido; al enfermo le faltaban las fuerzas y moría entre delirios. Peor todavía era la peste septicémica se contraía a través del torrente sanguíneo, incluyendo su sintomatología fiebre y escalofríos, debilidad, dolor abdominal, diarrea y vómitos, sangrado, shock y gangrena de las extremidades (nariz, manos y pies). La variedad pulmonar era aún más fulminante; el germen se transmitía con la tos, por vía aérea, provocando una neumonía mortal a los pocos días y la muerte era segura.

En un año, esta epidemia se difundió por media Asia y casi toda Europa. El primer lugar donde recaló en los reinos hispánicos fue el puerto de Mallorca (primavera de 1348), de donde pasó a Cataluña y Levante, y de allí se diseminó por la Corona de Castilla en pocos meses. Su virulencia, gran velocidad de propagación y alta mortalidad provocó un pánico incontrolable, desconfianza generalizada, acaparación de alimentos y éxodos masivos de las ciudades al campo o la montaña.

La medicina de la época era la galénica, que atribuía las enfermedades a desequilibrios o contaminación de los líquidos o “humores” corporales. Si dolía la cabeza, los cirujanos practicaban trepanaciones. Si había malestar general se entendía que sobraba sangre y los barberos hacían sangrías o se ponían sanguijuelas. Los algebristas eran los recomponedores de huesos. Si se trataba de un dolor muscular, las curanderas ponían ventosas, mientras rezaban algún conjuro. Y si había algún desarreglo estocamacal se autopurgaban.

Como no se sabía de la existencia de microorganismos se pensaba que el aire transmitía la muerte. La Universidad de la Sorbona (París) informó que una conjunción astral acaecida en 1345 había corrompido la atmósfera. Otros piensan en vapores venenosos, agua envenenada o maldita, cometas y augurios, en gatos negros que difundían la enfermedad o en un Dios justiciero que castigaba a los pecadores e incluso en la llegada del Apocalipsis, el Juicio Final.

Mientras que en la Almería andalusí el médico Ibn Jatima prescribía el modo de cortar la diarrea, comer de manera saludable, beber solo agua y zumos, hacer pequeñas sangrías y evitar la depresión del paciente mediante conversaciones, masajes o baños; en el resto de la Península Ibérica, unos echaban la culpa a las brujas y otros a los judíos, en tanto que en el Viejo Continente se mataban gatos, identificados con animales satánicos. Hoy sabemos que los felinos pueden transmitir determinadas epidemias.

#### PORTU PLANO HACIA 1350.

En el Campo de Calatrava, comarca en la que se inserta Puertollano y los pueblos vecinos, la densidad de población era muy baja, propia de un área fronteriza en pleno proceso de colonización. Era un mundo campesino, formado básicamente por labriegos y pastores, algunos de los cuales simultaneaban trabajos artesanos (las mujeres hilan o hacen cestos, los hombres construyen casas o fabrican muebles), aunque también había menestrales (carpinteros, herreros, tejedores, alfareros...), junto con otros profesionales (mineros, barberos, médicos, abogados, escribanos, etc.).

La vida rural seguía el ritmo de las labores agropecuarias de cada estación y el calendario festivo de la Iglesia. Normalmente se trabaja de sol a sol, en el campo o en la calle, pero apenas se

lograba poco más que sobrevivir. Habitados a la precariedad, cuando se sucedían malas cosechas o se acumulaban las desgracias personales o familiares (accidentes, guerras, enfermedades), la miseria y la muerte iban de la mano.

La base de la dieta cotidiana era el pan y el vino tinto, la leche y el queso, además de los productos de huerta, complementado con lo que se recolectaba en el campo o el bosque. La inmensa mayoría comía carne en pocas ocasiones y, casi siempre, se trata de carne de caza. Tampoco hay que olvidar que, aparte de la prosperidad personal, la religión determinaba que los judíos y musulmanes no comiesen cerdo ni bebiesen vino; o que los cristianos no comiesen carne los viernes de Cuaresma ni en Semana Santa, sustituyendo la manteca con la que freían o guisaban por el aceite de oliva.

Las villas amuralladas más cercanas eran Almodóvar del Campo, Almagro y Villa Real (que no será ciudad hasta 1420). En Almagro, donde residía el maestro de la Orden de Calatrava, se centralizaba el gobierno, la justicia y el cobro de impuestos de la comarca. En Almodóvar se celebraban dos ferias mercantiles por San Juan (24 de junio) y San Martín (11 de noviembre); aunque en cada pueblo se concentraban bajo los soportales de sus plazas mayores tiendas y negocios permanentes.

Los antiguos pobladores del Puertollano medieval estaban dispersos por la villa, vertebrada por la parroquia de Santa María, en la que confluían un entramado de calles sin empedrar y tras cuyos muros o en su puerta se celebraban las juntas municipales. Por entonces, sus aldeas se extendían por el actual término municipal (Arroyo de la Higuera), así como por parte del Valle de Alcudia (Mestanza, Cabezarrubias e Hinojosas). Se trata de un poblamiento disperso en quinterías de labor, chozos o majadas pastoriles y posadas de colmenas (con muros de piedra, para evitar la entrada de osos y jabalíes). En la Dehesa Boyal pastaban los bueyes y animales de labor de los vecinos, y en sus encinares comían bellota los cerdos, que eran matados en invierno, por San Andrés o San Martín.

El poder local estaba en manos del comendador calatravo y de sus vecinos más prósperos. Su modo de regirse era mediante reuniones o cabildos, integrados por un alcalde y algunos regidores (el equivalente a los actuales concejales), que se renovaban en el sorteo celebrado entre los vecinos cada año el día de San Miguel (29 de septiembre). Las decisiones más importantes se tomaban en cabildo abierto, convocado los vecinos varones y cabezas de familia a la puerta de la iglesia, tras celebrar misa mayor dominical; se proponía el asunto a tratar y los presentes tenían voz y voto, votándose a mano alzada. Los munícipes garantizaban el abasto de comida y agua y mantenían transitables los caminos, negociando con el arriendo de varias dehesas de pasto si había que atender necesidades acuciantes.

No creemos que cuando la peste asolara estas tierras hubiese en Puertollano más de 200 ó 300 habitantes. Todos, o casi todos, serían plebeyos y vivirían de manera humilde, cuando no miserable. Predominarían los cristianos, pero a buen seguro había musulmanes, ya que todavía a inicios del siglo XVI quedaban los restos de su mezquita. Los judíos más cercanos estaban en Almodóvar y Almadén y se encargaban de recaudar los impuestos o prestar dinero, aunque también había mercaderes y zapateros.

## EL CONTAGIO Y VOTO DE LAS BODAS DE NUESTRA SEÑORA.

Con los datos que tenemos es imposible saber cuándo y cómo golpeó la peste en Puertollano. Pero al estar próximo al camino real que conectaba las ciudades de Toledo, Córdoba y Sevilla y ser la puerta al Valle de Alcudia, donde confluía la cañada oriental soriana de la Mesta (que unía Soria y Cuenca con las tierras de Sevilla), en la zona había un fluido tránsito de forasteros: mercaderes, pastores, guerreros, caballeros de la Orden de Calatrava, emigrantes, vagabundos, etc.

La epidemia se propagó más aprisa en invierno, cuando los ganados trashumantes comían la hierba de las dehesas de Alcudia. Incidía con más crudeza donde había una mayor concentración humana y en los colectivos que vivían en peores condiciones de salubridad, en un tiempo en que hombres y animales domésticos eran inseparables, en las cámaras se acumulaba el cereal, las inmundicias se arrojaban a la calle, muchas casas eran diminutas y casi todas estaban mal ventiladas.

Las profesiones más afectadas fueron carniceros, molineros, panaderos o mercaderes de paños. Sin embargo, muchos pastores y carboneros que trabajaban al aire libre y labradores que vivían aislados en casas de labor rurales, se libraron de esta terrible enfermedad. Antes, como ahora, la lejanía social prevenía del contagio, hasta tal punto que muchos huyen de las ciudades al campo y, quienes pueden, se encierran en sus casas. Según el saber popular, el mejor remedio contra la peste era "Huir con tres eles: luego [rápido], lejos y largo tiempo".

El año exacto en que nuestros antepasados sufrieron esta pandemia sería, como pronto, 1348. En la crónica de Alfonso XI, se afirma que por entonces la epidemia ya se extendía por Castilla, León y Extremadura. Entre junio y julio de 1349, la peste negra diezma la aljama judía toledana en una de sus lápidas se dice que "Sucumbió de la peste, que sobrevino con impetuosa borrasca y violenta tempestad". La última referencia a la peste en la Península data de marzo de 1350, cuando muere el rey Alfonso XI mientras asedia Gibraltar. De la catástrofe demográfica dan buena cuenta las Cortes de Valladolid de 1351, donde hay quejas porque los jornaleros del campo "demandan presçios desaguisados" y muchos lugares quedan despoblados.

Es decir, como muy pronto, nuestra fiesta dataría de 1349 o bien de alguno de los rebrotes que se dieron en la segunda mitad del siglo XIV: 1362-1364; 1373-1374, 1380, 1383 y 1398-1400. Debemos tener en cuenta que se trata de una bacteria, no de un virus, y que permanecía latente en la zona, reactivándose si se daba la combinación apropiada de factores climáticos y naturales. Solo entre 1348-1400 se calcula que murió entre un tercio y la mitad de toda la población donde azotó la peste.

Desesperados, la respuesta más habitual era implorar la ayuda del Cielo. Por entonces la patrona de Puertollano era Santa Ana, cuyo santuario estaba a la falda del cerro de igual nombre, junto a un enebro que se decía que destilaba un aceite milagroso. Un cerro que ya se menciona con ese topónimo en el *Libro de la Montería*, dedicado al rey Alfonso XI de Castilla poco antes de su muerte.

Para ello se congregarían los pocos supervivientes que sobreviviesen a la salida de la iglesia y, siguiendo la costumbre de la época, o bien se echó a suerte entre los santos tenidos por

abogados contra la peste, para que decidiese la voluntad divina, o bien se votaría en cabildo abierto a quién ampararse.

Dura la Baja Edad Media (siglos XIII-XV) tiene lugar una exaltación de figura de la Virgen María. Como quiera que coincidió el fin de la primavera con fin el contagio, se decidió conmemorar este acontecimiento el día de los Desposorios de la Virgen con una fiesta comunitaria que celebrase la Pascua Florida en la que exaltaba de la Resurrección de Cristo Salvador, la Octava de la Ascensión, 40 días después del Domingo de Quasimodo.

En la tradición cristiana, recogida en el Protoevangelio apócrifo de Santiago, cuando María cumplió 14 años, decidieron casarla con un hombre de la tribu de Judá. Los candidatos debían dejar una vara en la sinagoga y la que floreciese sería el elegido. En este caso, fue el futuro San José, un hombre justo, anciano, viudo y con hijos. Esta leyenda piadosa sería popularizada por Jacobo de la Vorágine en su obra *Leyenda Dorada*, escrita mediado el siglo XIII.

Las primeras celebraciones consistirían en una misa multitudinaria, de acción de gracias por la mediación divina para que se atajase la epidemia. Para dar de comer a tanta gente se sacrificarían animales domésticos grandes: varios carneros o bien alguna vaca o novillo. Probablemente se guisasen varios tipos de carnes (tipo caldereta), todo ello regado con vino local y con pan de trigo cocido en los hornos comunales que había en el pueblo y pagaban impuestos al comendador de la Orden de Calatrava.

Ya en el siglo XV vinieron otras epidemias y se votaron otros mediadores para nuestra población: San Sebastián (con ermita frontera a la de Santa Ana) y Nuestra Señora de Gracia (1486). Ambas estaban estratégicamente emplazadas en las proximidades del paso natural de los forasteros hacia Alcuña, a modo de talismanes frente a la desgracia que se pensaba que siempre venía de fuera.

## EVOLUCIÓN DE LA FIESTA.

La fiesta fue evolucionando a lo largo de los siglos, pero raras veces dejó de celebrarse y cuando esto ocurrió siempre pasó alguna desgracia que se atribuyó a la ruptura de tan antigua y piadosa tradición.

Solo se puede documentar de manera fiable el Santo Voto desde inicios del siglo XVI, cuando ya se consideraba una tradición centenaria. El ayuntamiento se encargaba de comprar todo lo necesario, aunque por promesa algunos vecinos donaban alguna res, fanegas de trigo o panes, en tanto que las mujeres guisaban el condumio por promesa. Desde el siglo XVIII, al menos, el lugar elegido para hacer el guiso se sitúa junto a la ermita de la Virgen de Gracia, donde los hombres habían echo acopio de abundante la leña para alimentar un fuego común.

Como era habitual en la época, la víspera se corría algún toro, vaca o novillo, previamente bendecido. Tras orearse su carne por la tarde-noche, la noche de la víspera se cocía durante horas en grandes ollas de barro (semejantes a las ollas de cofradía de otros lugares) y también en pucheros más pequeños, arrimados a la lumbre que atendían sus propias dueñas.

La población de Puertollano se duplica a lo largo del siglo XVI. El número de habitantes que había hacia 1591 no se logra igualar hasta fines del siglo XIX. Conforme aumenta el vecindario, la comida que se reparte va cambiando, dependiendo de los gustos, del dinero que se disponía, de la disponibilidad de abastos y de las limosnas de los vecinos.

Como se trata de una fiesta religiosa, se hacía una misa solemne oficiada por el párroco de turno (un freile calatravo, formado en Calatrava la Nueva), pero también solían contratarse un predicador forastero. Cuando los frailes franciscanos se instalan en Puertollano se recurre a ellos.

Durante la Edad Media la comida principal sería carne de vacuno cocida (tipo caldereta), pero a veces se añadirían legumbres o carne de carnero; no se empleaba carne de caza por ser la más común en la dieta cotidiana. Sin embargo, durante los siglos XVI al XVIII, el guiso principal consistió en una especie de “olla podrida”, que Calderón de la Barca califica de “princesa de los cocidos”. En esencia era la mezcla de legumbres y carnes, tanto rojas (se mencionan indistintamente bueyes, vacas, toros o novillos; cerdo, cabrito); como blancas (gallinas), sin despreñar la casquería. La carne se cocía a fuego lento, con vino (blanco y tinto) y agua. Los condimentos más frecuentes son sal, cebolla, almendras, hinojo, pimienta clavo, y azafrán; suponemos que también llevaba bola (hechas con huevo y migas de pan). El guiso quedaba desmenuzado y muy sabroso. A veces, se repartieron aceitunas sevillanas, vino, queso o sardinas en salazón y, a partir del siglo XVIII, toman protagonismo los garbanzos torraos. No se usaba aceite de oliva, sino tocino.

Los postres llevaban, a veces, huevo, almendra, azúcar o miel, canela, ajonjolí, pasas y harina. En algunas ocasiones se menciona arroz y leche o requesones, piñones y naranjas. No sabemos qué forma ni nombre tenían estos dulces, pero en 1711 se menciona una enorme rosca de 20 arrobas (220 kilos), cuyo principal ingrediente es huevo, harina, pasas y azúcar. Y en 1715 sabemos de un *alumbre azucarino*, al que se añadía ajonjolí, el nombre castellano del sésamo.

En los siglos XIX y XX, el guiso que se reparte es similar al actual. La carne es vacuna y se guisa con morcilla, patatas, ajos, laurel, perejil, cebolla, tomate, cominos y aceite. A veces se acompaña de arroz. El festín se completaba con garbanzos torraos, pan y vino.

## COSTUMBRES, TRADICIONES Y CREENCIAS VINCULADAS AL SANTO VOTO

Aparte de una rica tradición gastronómica, el Santo Voto de Puertollano ha generado una serie de manifestaciones propias de la cultura popular. Algunas de ellas son singularidades etnológicas dignas de estudio.

El sacrificio de toros es un rito milenario que, desde el Medievo, está vinculado con las celebraciones cristianas. En el pasado, los toros y las vacas se corren, no se lidian; pero esa práctica se prohibió en 1900, de modo que a partir de entonces se pasea. Siglos atrás, solo los lugareños podrían matarlos; normalmente los desjarretaban (cortaban las corvas) para inmovilizarlos y luego los remataban. Durante la carrera o encierro, el animal no se maltrataba, entre otras razones porque el animal está bendecido y porque su cuero se vendía para hacer sombreros. Unos sombreros que se creía que daban suerte al que se los ponía. También se decía

que si comías su carne estabas protegido contra rayos y tormentas. Según fuentes orales, hace un siglo, se tenía la superstición que la vaca no podía salir del corral hasta que no defecara; su estiércol se considera milagroso, por lo que se recogía y se echaba los campos, para fertilizarlos y protegerlos de las plagas.

También son curiosas las leyendas que aseguran que determinadas familias descienden de los trece vecinos que según la tradición sobrevivieron a la peste negra. Ese número evoca a los doce apóstoles y Cristo. Pero el concepto vecino de esa época se refiere a familias, no a individuos. Los escasísimos documentos que se conservan de esta época remiten a apellidos tan habituales como Pérez o González, pero ninguno de los que se atribuyen en la actualidad ser sucesores de quienes fundaron esta tradición.

Por último, nos tenemos que referir al folklore popular y al patrimonio inmaterial. Nos consta que esta fiesta, por lo menos desde hace más de quinientos, estaba amenizada y solemnizada con música de chirimías y tamboril, así como de danzas no sabemos si similares a las que se bailaban durante el Corpus.

Por lo que atañe al *Mayo a la Virgen de Gracia*, recoge la gratitud del pueblo a la Virgen por su intercesión para que cesase la epidemia y evoca algunos elementos legendarios, pero se trata de una composición musical devota que no se remonta mucho más allá del siglo XIX. Es decir, muchas centurias después de los acontecimientos que narran, de modo que no pueden tomarse al pie de la letra.

En suma, nos encontramos ante una tradición muy antigua, que ha ido evolucionando a lo largo de los siglos, adaptándose a modas y modos distintos, pero que evoca el fin de una terrible pandemia y el tremendo impacto que ocasionó en su momento. Unas circunstancias, en cierto modo, muy semejantes a las que ahora padecemos.

PARA SABER MÁS: Luis Fernando Ramírez Madrid, Miguel Fernando Gómez Vozmediano y Luisa Gómez Solá, *El Santo Voto. Una Tradición Peculiar*. Puertollano: Ediciones Puertollano, 1996, 270 páginas. ISBN. 84-89287-05-8

## MAYO A LA VIRGEN DE GRACIA

Llegamos con alegría  
al palacio celestial  
en donde habita María  
sin pecado original.  
Salve, lucero del alba,  
del Edén mística flor,  
hermosa entre las hermosas,  
Madre del Divino Amor.  
Con ninguna criatura  
se te puede comparar,  
porque a todas las excedes  
en virtud y santidad.  
Tú sola te mereciste  
que el parainfo Gabriel  
te anunciase que serías  
Madre del Dios de Israel.  
Desde entonces sobre el mundo  
tendiste tu protección,  
acogiendo cariñosa  
del cristiano la oración.  
Por eso, piadosa Madre,  
siempre con seguridad  
acude a Ti Puertollano  
en toda calamidad.  
En el año mil trescientos  
cuarenta y ocho, se vio  
invadido de la peste  
que tanto estrago causó.  
Y fue tan grande el espanto  
que a todos llegó a causar  
que en las calles se quedaban  
los muertos sin entrar.  
Pues fue tan grande el contagio  
de aquella peste cruel  
que quien a otro se acercaba  
quedaba muerto con él.  
De cinco mil habitantes  
que había en la población  
trece vecinos quedaron  
pidiendo su intercesión.  
Y para mejor lograrla,  
llenos de humildad y fe,  
un voto solemne hicieron,  
que hasta hoy cumpliendo se ve.  
Y fue aquel voto un ejemplo  
de acendrada caridad;  
que a todo pobre que llega  
pan y carne se les da.

Benigna el Voto acogiste  
la epidemia cesó,  
este pueblo agradecido  
tus favores no olvidó.  
Del siglo décimo quinto  
en el año ochenta y seis,  
invadió otra peste el pueblo  
y también le protegéis.  
Entonces llenos de gozo,  
esta ermita te erigió  
y con el nombre de Gracia  
¡Oh Virgen! Te saludó.  
En ella y con tu permiso  
vamos el Mayo a cantar,  
más siendo Reina del Cielo  
¿Dónde un varón encontrar?  
Ninguno mejor Señora  
que el castísimo José,  
que por Dios predestinado  
para esposo vuestro fue.  
Y por eso en este día  
que es de gran festividad  
tus desposorios la Iglesia  
canta con solemnidad.  
Al doblar de las campanas  
acude la población  
a rendir humilde culto  
con fervorosa oración.  
Pues ves nuestros corazones  
llenos de fe sin igual  
líbranos Madre amorosa,  
por siempre de todo mal.  
No desoigas nuestras voces  
de amante solicitud,  
consuelo del afligido  
y del enfermo salud.  
Alza tus manos divinas,  
échanos tu bendición;  
y del Espíritu Santo  
llena nuestro corazón.  
Adiós, pues, del mar Estrella,  
adiós Reina Celestial,  
Madre del Verbo encarnado,  
sin pecado original.  
Adiós, tesoro de Gracia,  
fuente fecunda de bien,  
haz que al espirar vayamos  
a gozar de gloria. Amén.